ENSAYO

Mario Benedetti

NOTAS SOBRE ALGUNAS FORMAS SUBSIDIARIAS DE LA PENETRACION CULTURAL

¿Qué escritor, invitado a una reunión social, una vez que está a tiro de las preguntas, no se ha sentido como un simple elemento decorativo, algo así como un florero o un búcaro de reciente adquisición que el dueño de casa exhibe a sus amistades? «¿A qué hora le gusta escribir? ¿Cómo y cuándo se le ocurre un cuento? ¿Domina a sus personajes, o los personajes (¡esos demonios!) lo dominan a usted? ¿Cree en la inspiración?» Ante esas preguntas, u otras por el estilo, uno tiene que elegir: o dice la verdad, que por lo general es muy escueta, muy cotidiana, muy corriente, y por lo tanto apta para defraudar todas las expectativas; o apela a respuestas de ficción, rodeándolas de un ámbito de misterio o por lo menos de inquietante ambigüedad, colmando así, y hasta sobrepasando, la mayor de las expectativas. Lamentablemente, si elige la primera opción, es probable que aparezca como un estúpido; si elige la segunda, en cambio, puede verse a sí mismo como un idiota irrecuperable. También está a su alcance una tercera opción, la más oscura quizá, pero también la más honesta: renunciar a su destino de florero.

Hace más de diez años, en una de esas veladas, el dueño de casa iba presentando a los asistentes, y después del nombre agregaba el género: «Fulano, novelista; Mengano, escultor; Zutano, cantante». Pero de pronto llegó un señor que no practicaba ningún arte en particular, y el anfitrión empezó diciendo: «El amigo X», y vaciló un poco antes de encontrar el calificativo: «Espíritu selecto».

Tales encuentros, que pueden tener lugar en cualquier país del mundo, suelen estar integrados sobre todo por esos «espíritus selectos», es decir por frívolos gustadores y disgustadores de la obra artística, gentes a quienes importan más los suburbios del arte que el arte mismo, más el chisme que la reflexión. Lamentablemente, el escritor puede llegar a creer que *ésos* son sus lectores, las bases de su comunicación, los receptores de su trabajo. Se equivoca, claro: los verdaderos lectores tienen poco que ver con esa fauna.

Es claro que la vanidad, ese tembladeral de las élites culturales, suele tender trampas peligrosas. No es extraño que el elogio su-

perficial, el asedio esnobista, vayan ablandando de a poco el rigor autocrítico, y hasta provocando algo tan negativo como la ulterior búsqueda inconsciente de la alabanza inútil. Escribir para agradar, por ejemplo, puede llegar a ser una funesta fórmula, capaz de liquidar a un escritor.

¿Dónde está entonces el lector verdadero? He aquí una de las curiosidades de la vida literaria. Lo más probable es que un autor jamás llegue a encontrarse, ni menos aún a dialogar, con el mejor, el más profundo, el más sagaz, el más humano, de sus lectores. El libro aparece, y cada ejemplar emprende un rumbo distinto. Uno se instalará en un anaquel, y quizá allí muera virgen, sin que nadie dedique ni una distraída mirada a su lomo vistoso. Otro será tal vez leído en parte, y luego abandonado, como una frustración. Otro más irá de mano en mano, cubierto de miradas y de arrugas y hasta es posible que deje algunas páginas en el camino. Y acaso un último ejemplar encuentre a su destinatario natural, y sólo en este ignorado lector el libro puede que llegue a estremecer una zona sensible, o una herida reciente, o una convaleciente nostalgia, o un odio interminable. A este lector sí el libro le mueve el piso: a veces le afloja una convicción que creía particularmente sólida y segura; otras veces le devuelve confianzas que había arrumbado por inservibles. Para este lector el libro entra a formar parte de su vida, y sin embargo ello no implica necesariamente que desee conocer a su autor. Su próximo prójimo es el libro, no quien lo escribió. Por consiguiente, nunca se acercará a pedirle un autógrafo, ni a elogiarle un fragmento, ni a bombardearlo con preguntas que de tan inteligentes son prescindibles. No obstante, a veces el azar se vuelve cómplice y hace que (sin que nadie busque a nadie) el autor se cruce con ese *lector verdadero*. Y esos pocos y azarosos encuentros, que por lo general, transcurren sin testigos, suelen representar para el escritor las más gratificantes repercusiones de su obra. ¿Qué puede ser más importante para un escritor que enterarse de que uno de sus personajes salió provisoriamente del libro para restañar una herida, o aclarar una vislumbre, o desvirtuar un malentendido, o acabar con una inhibición, o generar una esperanza? ¿Qué puede ser más removedor para un artista que llegar a saber que alguno de sus libros sacudió un esqueleto o cambió el curso de una vida? ¿Qué mejor elogio que enterarse de que su obra generó una bronca sustantiva y levantó agudas observaciones que ahora, en compensación, lo conmueven a él y le hacen repensar toda una situación? Seguramente, en ninguno de estos casos se sentirá florero o elemento decorativo, sino un aceptable contribuyente a la lucha que su prójimo libra en cada jornada para vivir y sobrevivir. ¿Qué importa entonces la vanidad, ese apolillado biombo que separa al autor de su lector?

La vanidad tiende siempre a distorsionar el papel del escritor en la sociedad capitalista. En primer lugar, porque los críticos, los gacetilleros, y otros hacedores de famas, saben perfectamente que ésa es por lo general la zona más frágil de un artista. Y actúan en consecuencia. Si la comunicación entre autor y lector fuera directa, sin intermediarios, la vanidad acaso se cayera sola, como una cáscara inútil. Pero los intermediarios están para hacer preguntas indiscretas, tomar fotos reveladoras, poner títulos sensacionalistas, hurgar en la vida privada. Cuando aparece un nuevo libro, el escritor por lo general concurre a la casa editora, o a una librería, y firma ejemplares. Después de todo, el libro es un objeto más del mercado de consumo, y la publicidad usa todos los medios que tiene a su alcance para asegurar una buena venta. Y uno de esos medios es la vanidad del escritor, a veces la *modesta* vanidad del escritor. Lo malo es que el escritor toma a veces esos empujes del aparato publicitario como una estricta valoración cultural, y cree que los halagos y la repercusión sobrevienen debido a los notables valores de su obra, y no debido a que su libro es un artículo de consumo. Siempre es bueno que un escritor sepa que los valores permanentes de su obra, si los tiene, o la relación profunda con su lector, si éste existe, no van a ser mayores o menores porque un aparato de publicidad organice su promoción o su descarte. Simplemente venderá más (o menos) libros, y hasta puede que obtenga más (o menos) premios. Pero el valor esencial de una obra de arte tiene poco que ver con semejantes computadoras; en todo caso tiene bastante más que ver con la inserción natural del autor en su tiempo y en su comunidad.

2 La irrupción del fascismo en América Latina ha traído consigo tal erosión de los derechos humanos, tal refinada crueldad en la aplicación de la tortura, tal dramática destrucción de la familia, que, lógicamente, toda la atención reivindicativa y también las denuncias a escala mundial, ponen el acento en esos rubros fundamentales y prioritarios. No obstante, los especialistas en penetraciones culturales no dejan por ello de cumplir su función específica. Más aún: esa explicable preocupación, ese propósito de restituir al hombre chileno, uruguayo, argentino, boliviano, brasileño, paraguayo, etc., sus avasallados derechos, y prerrogativas tan elementales como su vida, su trabajo y su seguridad, paradójicamente facilitan la gestión y las maniobras de penetración en rubros más sutiles.

En rigor ¿quién va a ocuparse hoy en día de un campo, particularmente rico en ambigüedades, como la penetración cultural, cuando lo que está penetrando a diario en varios de nuestros países es la más refinada tortura, como consecuencia del adiestramiento a oficiales latinoamericanos que se lleva a cabo en Fort Benning (centro de entrenamiento norteamericano donde, por ejemplo, se especializó Pinochet), Fort Gulick, y otras academias del suplicio? ¿Quién va a combatir, a esta altura, la penetración que siempre llevaron a cabo en las universidades latinoamericanas las tristemente célebres fundaciones de Estados Unidos, cuando buena parte de esas universidades han sido clausuradas, o intervenidas, o simplemente funcionan bajo un estricto control militar? Sin embargo, los especialistas en ese tipo de penetración no han sido dados de baja, entre otras cosas porque la situación de los países que padecen un fascismo dependiente y colonial, puede convertir en «posible» la *misión imposible*.

No es una novedad que las fundaciones norteamericanas (particularmente las que sostuvieron y financiaron el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura) tuvieron siempre como meta la neutralización del intelec-

tual. Desde hace mucho eran conscientes de que resultaba bastante difícil lograr que un intelectual latinoamericano de cierto nivel (salvo en el caso de algunos tránsfugas vocacionales) se convirtiera en su aliado incondicional, sobre todo considerando que ya no eran los tiempos de la política del Buen Vecino, impulsada por Franklin Delano Roosevelt, ni siquiera los de la Alianza para el Progreso del sonriente John F. Kennedy, sino más bien los del genocidio y el napalm en Vietnam, de las corruptelas Watergate y Lockheed, de la confesa participación norteamericana en el golpe contra Salvador Allende.

Alguien dijo una vez que si Rubén Darío estaba fascinado por la marquesa Eulalia, había escritores más recientes que en cambio eran tentados por la duquesa Guggenheim. Reconozcamos, sin embargo, que los tentadores profesionales estaban teniendo poco éxito en su misión de reclutamiento; entonces, como sabían que no era verosímil que un artista confesara públicamente su adhesión al enemigo de los pueblos, el artífice de la tortura, al destructor del hombre, se imponían una tarea bastante más modesta: lograr por lo menos la *neutralización* del intelectual, del escritor, del artista, del universitario. Quien usó una beca suculenta o recibió un premio tranquilizador, por parte de alguna fundación norteamericana, aunque en el fondo de su conciencia siga creyendo en la causa de los pueblos, en rigor se verá inhibido de hacer pública esa convicción, y las más de las veces se llamará a silencio.

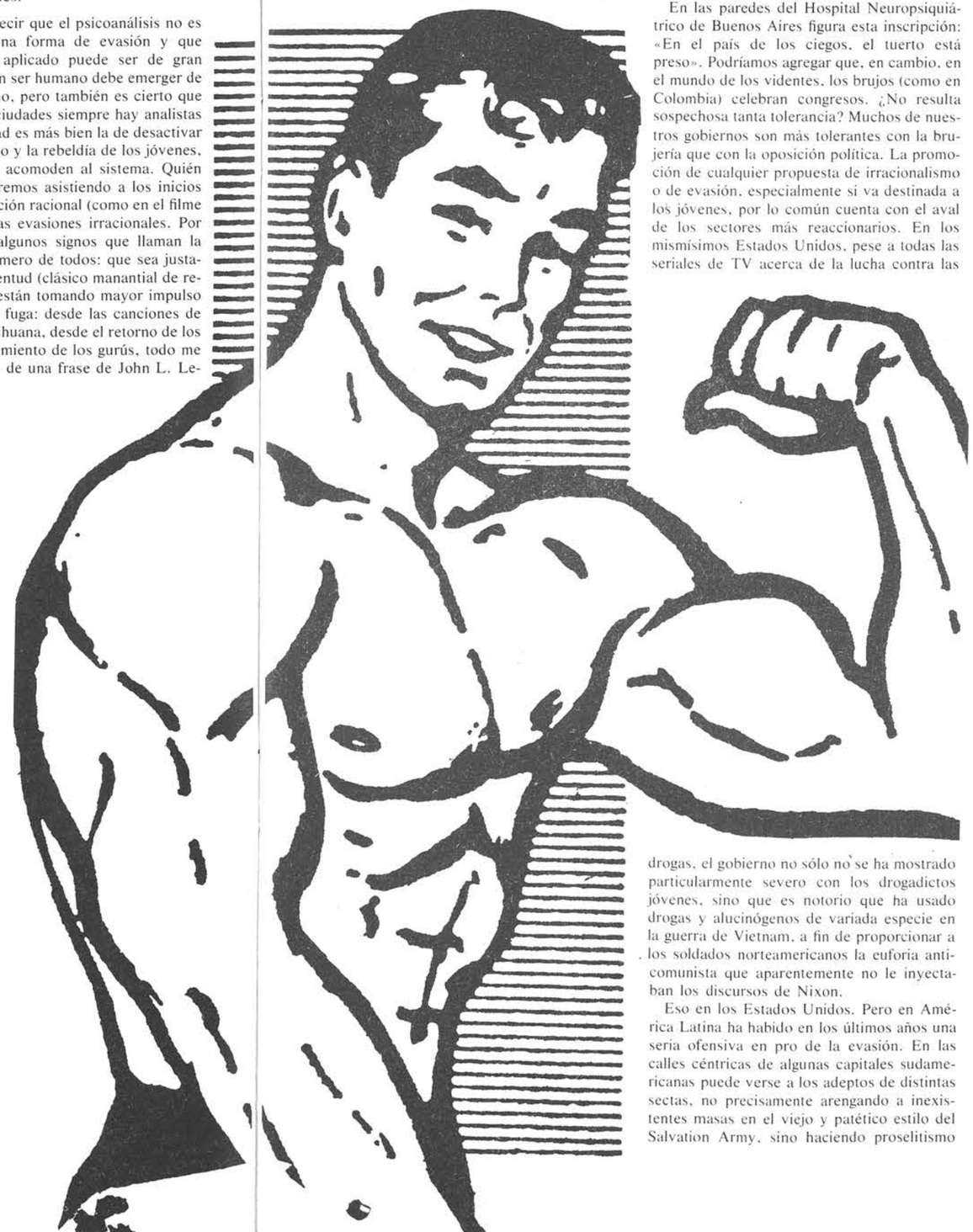
Ahora bien, ¿cuál es el nuevo elemento que hoy, en medio del empuje fascista, debe tenerse en cuenta en relación con la penetración cultural? No es un secreto que en varios países latinoamericanos se ha producido un éxodo masivo. Sobre todo en Uruguay (se calcula que un millón de sus habitantes, o sea un 37 % de su población total, ha emigrado, por razones que van de la persecución política a la penuria económica) pero también Chile (hay medio millón en el exilio), Bolivia (diez mil familias se han ido) y Argentina (donde la represión oficial, más la acción de comandos parapoliciales como las AAA, han provocado una importante migración, no sólo de argentinos sino también de otros latinoamericanos que habían buscado refugio en ese país, después de los golpes militares de Brasil, Uruguay, Bolivia y Chile).

El intelectual ha participado de esa diáspora como cualquier otro sector social. Muchos escritores del Cono Sur viven hoy como exiliados en aquellos países de América Latina que han resistido la invasión del fascismo; pero también están desperdigados en Francia, España, Italia, Suecia, las dos Alemanias, Rumania, Inglaterra, Portugal, Suiza, etc. Por lo que se sabe, la mayoría de ellos vive, como los demás exiliados, unas etapas de difícil readaptación. Algunos han debido emigrar de urgencia, sencillamente para salvar la vida, dejando atrás familia, trabajo, editores, y hasta su biblioteca, ya que por lo general es más fácil llevar consigo las cuentas de los acreedores que los varios miles de libros juntados a lo largo de toda una vida. A la sensación de frustración y de derrota, de desarraigo y de nostalgia, se agregan las obvias dificultades para conseguir contrato de trabajo, vivienda, permiso de residencia; en muchos casos la incomunicación se acentúa debido a la repentina inserción en otro idioma, otros hábitos, otros prejuicios (entre los cuales no es raro que haga su sombría aparición la xenofobia). ¿Qué mejor ocasión para que las consabidas fundaciones se acerquen al escritor y le exhiban sus confortables ofertas y suculentas tentaciones? Ellas siempre están, como buitres, al acecho de nuestra pobreza y de nuestros desánimos. Hay escritores y artistas que en otro momento no habrían vacilado en rechazar las ofertas, y sin embargo hoy (a regañadientes y con una inocultable sensación de culpa) las aceptan. No obstante, conviene destacar que hay muchos otros que (aún en las peores condiciones de vida o de trabajo) las rechazan. Entre estos últimos figura por ejemplo, el novelista argentino Haroldo Conti, secuestrado y tal vez asesinado hace unos meses en Buenos Aires por un comando aparentemente civil, y que en 1974 había hecho público su rechazo de la suntuosa beca Guggenheim.

En las condiciones actuales, sólo aquellos intelectuales que estén muy seguros de sus convicciones y de sus principios, podrán hallar en sí mismos la dignidad suficiente como para rechazar ese canje de su seguridad económica por su neutralización política, ansiado objetivo de los órganos de penetración. En estas circunstancias tan especiales, es difícil y hasta injusto criticar a quienes aceptan el trueque (a veces el estómago tiene razones que la razón no comprende), pero en cambio es necesario destacar la actitud, que muchas veces permanece ignorada, de aquellos escritores que prefieren sus escaseces, su pobreza, su peregrinaje de fronteras en frontera, antes que la humillante entrega al enemigo (o al amigo de su enemigo) de ese bien que salvaron del naufragio: el uso de la palabra.

3 En una época en que la ciencia va alcanzando niveles que aparentemente dejarían poco espacio para las actitudes irracionales, es curioso comprobar un avance sorprendente de la magia, la astrología, el misticismo y otras formas del irracionalismo. Si a ello se agrega la proliferación de drogas y alucinógenos, que en el área juvenil alcanza (a escala mundial) cifras cada vez más alarmantes, cabe suponer en la sociedad contemporánea un deseo generalizado de evasión. Motivos no faltan, claro, en cualquiera de nuestros países: la violencia diaria (que no es sólo la de los tiros, sino también la que imponen el hambre, la miseria, el desempleo, la escasez de vivienda, distintos tipos de mordaza, etc.), con su correspondiente cuota de inseguridad; la corrupción y sus tentaciones; la ley de la selva de las grandes ciudades, con su inhumana competencia para sobrevivir; el desencanto frente al derrumbe de ciertos mitos, todo ello produce una cadena de frustraciones individuales y colectivas que generan un comprensible inconformismo, canalizable hacia dos rumbos: la rebeldía o la fuga. Cabe anotar que quienes eligen la evasión (en cualesquiera de sus formas) no son los menesterosos: a ellos les está vedado hasta el derecho de evadirse. Quienes eligen la evasión provienen por lo general de capas sofisticadas de la sociedad. Y en cierto modo es lógico que así sea: ni la marihuana, ni la adhesión a un lejano Gurú, ni siquiera la consulta a uno de esos tantos especialistas en tarot, quirología, radiestesia y parapsicología, cuyos avisos aparecen en los diarios, están al alcance de todos los bolsillos. Aunque por supuesto en otro nivel, el rastrillo del psicoanálisis también recoge su cuota de fugitivos, pero esa terapia, aunque con base científica, tampoco es para indigentes.

Demás está decir que el psicoanálisis no es en sí mismo una forma de evasión y que científicamente aplicado puede ser de gran ayuda cuando un ser humano debe emerger de su propio abismo, pero también es cierto que en las grandes ciudades siempre hay analistas cuya especialidad es más bien la de desactivar el inconformismo y la rebeldía de los jóvenes, a fin de que se acomoden al sistema. Quién sabe si no estaremos asistiendo a los inicios de una planificación racional (como en el filme *Rollerball*) de las evasiones irracionales. Por lo menos hay algunos signos que llaman la atención. El primero de todos: que sea justamente en la juventud (clásico manantial de rebeldías) donde están tomando mayor impulso las variantes de fuga: desde las canciones de Sandro a la marihuana, desde el retorno de los brujos al advenimiento de los gurús, todo me trae el recuerdo de una frase de John L. Lewis que allá por los años cincuenta fue tomada por los *beatniks* norteamericanos como un lema ritual: «Nosotros nos desafiliamos». Y viene otro recuerdo adicional. Por la misma época, la edición 1958 del American College Dictionary incorporaba el término *beat generation*, definiéndolo así: «miembros de la generación que (...) se unió en el común propósito de aflojar las tensiones sociales y sexuales, y abogó por la antirregimentación, la desafiliación mística y los valores de simplicidad material...» Considerando que las *tensiones sexuales* no se aflojan así no más, hay el derecho de suponer que la definición apuntaba más bien a las otras tensiones: las sociales. Y luego la *antirregimentación*, o sea en buen romance lo opuesto a la organización, a la concertación de rebeldías. Y la *desafiliación mística*. Quizá lo místico fuera un pretexto, pero en cambio la desafiliación era algo así como una misión a cumplir. Y el mundo de *Rollerball:* misión cumplida.



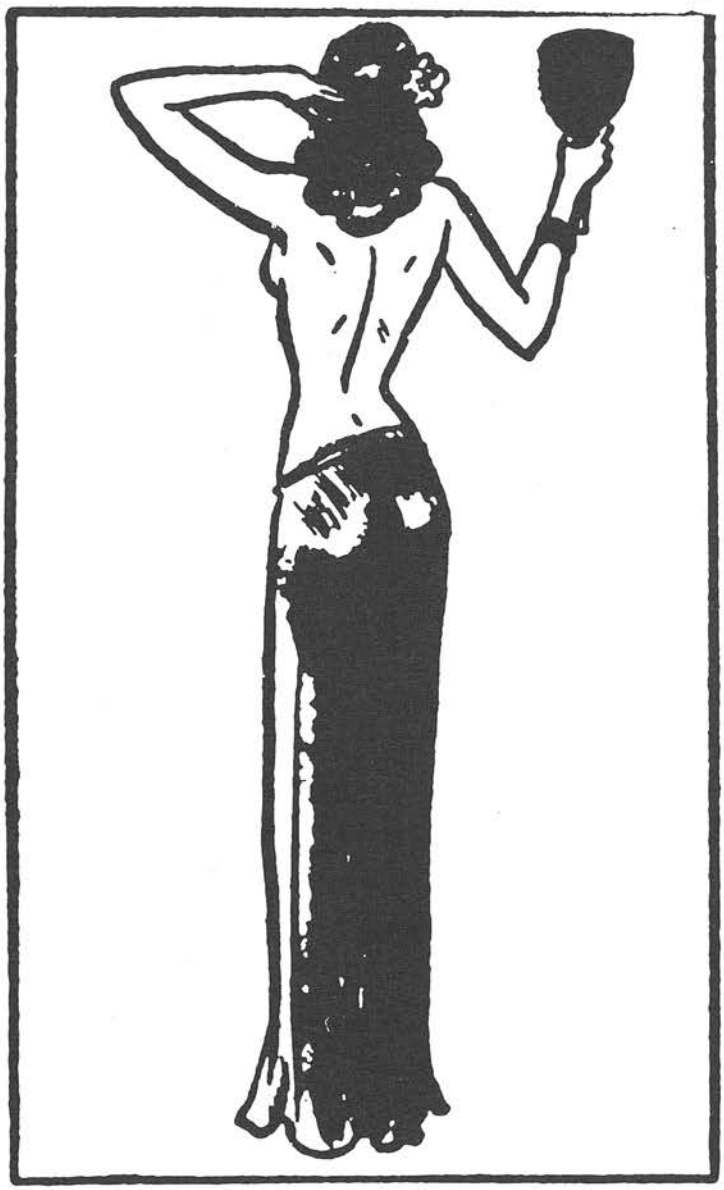
En las paredes del Hospital Neuropsiquiátrico de Buenos Aires figura esta inscripción: «En el país de los ciegos, el tuerto está preso». Podríamos agregar que, en cambio, en el mundo de los videntes, los brujos (como en Colombia) celebran congresos. ¿No resulta sospechosa tanta tolerancia? Muchos de nuestros gobiernos son más tolerantes con la brujería que con la oposición política. La promoción de cualquier propuesta de irracionalismo o de evasión, especialmente si va destinada a los jóvenes, por lo común cuenta con el aval de los sectores más reaccionarios. En los mismísimos Estados Unidos, pese a todas las seriales de TV acerca de la lucha contra las drogas, el gobierno no sólo no se ha mostrado particularmente severo con los drogadictos jóvenes, sino que es notorio que ha usado drogas y alucinógenos de variada especie en la guerra de Vietnam, a fin de proporcionar a los soldados norteamericanos la euforia anticomunista que aparentemente no le inyectaban los discursos de Nixon.

Eso en los Estados Unidos. Pero en América Latina ha habido en los últimos años una seria ofensiva en pro de la evasión. En las calles céntricas de algunas capitales sudamericanas puede verse a los adeptos de distintas sectas, no precisamente arengando a inexistentes masas en el viejo y patético estilo del Salvation Army, sino haciendo proselitismo mano a mano, y puerta a puerta; por otra parte, a la salida de liceos o escuelas de enseñanza media, los alumnos son abordados por otros muchachos, generalmente mayores, que los convocan para el «viaje». Para quienes tratan de digitar los movimientos y las reacciones de una sociedad en beneficio de sus intereses, ¿qué mejor inversión que lanzar a los adolescentes hacia un escape que los mantenga marginados e inocuos? Mientras va en busca de insólitas sensaciones, el joven pierde la sensación, más humana y normal, de su contorno. Cuando más se recluye en sí mismo, o en una mística relación con una inasible presencia, más se va a desinteresar del quehacer comunitario, menos aludido va a sentirse por ese prójimo plural qye constituye la sociedad. No es casual que uno de los actuales *best-sellers* del irracionalismo, el poeta libanés Jalil Gibrán (1882-1931), haya escrito: «El verdadero hombre es aquel que no gobierna ni es gobernado». ¡Eso sí que es desafiliación! *Gobernar* y *ser gobernado*, son los dos extremos de un hecho fundamental: la política. Al renunciar a ambos, ese «verdadero hombre» que postula Gibrán, se niega a sí mismo toda responsabilidad, todo compromiso político.

Ahora bien: esa *desafiliación* de los jóvenes ¿a quién puede interesar prioritariamente sino a quienes defienden y usufructúan un orden económico que basa sus ingentes beneficios en la plusvalía, que es más o menos como decir el ocio rentado? Para las distintas formas de evasión que hemos enumerado, hay evidentemente muchas explicaciones posibles, pero frente a cierto concertado interés, a nivel internacional, en mutilar las rebeldías juveniles mediante propuestas de crudo irracionalismo, es dable conjeturar que la famosa *desafiliación* se ha convertido en una más de las empresas multinacionales que dominan el área capitalista y sus suburbios. Aunque esta vez se trate de una empresa ideológica, cuyo dividendo no ha de medirse en dólares contantes y sonantes, sino en una singular e indirecta garantía de menor riesgo.

4 Hace unos quince años, en ciertos cursos para guionistas de televisión que se dictaban en Porto Alegre, Brasil, los profesores enseñaban a los alumnos una regla de oro: escribir siempre pensando que el televidente tiene once años. No sé qué habrá pasado con aquellos cursos, pero es evidente que, si aún se dictan, deberían bajar la edad promedio del telespectador ideal, ya que los chicos de once años vienen hoy muy avispados. Un niño de siete u ocho años, en cambio, suele mantener intacta su capacidad de asombro. Un amigo porteño me contaba que un hijo suyo, de ocho años, era un entusiasta del fútbol, pero nunca había concurrido a un estadio: sólo veía los partidos por televisión. Un día el padre se conmovió ante aquel entusiasmo de segunda mano y decidió llevar a su hijo al estadio. Luego, en la tribuna, la emoción del muchacho era visible, pero como no pronunciaba palabra, el padre le preguntó qué le parecía todo aquello. «Pero papá», dijo el chico saliendo por fin de su asombrado mutismo, «¡aquí el fútbol es en colores!»

Ojalá fuera sólo ésa la diferencia entre la televisión comercial y la realidad. Telespecta-



dores menos inocentes que el hijo de mi amigo, pueden advertir que para las cámaras de TV existen dos palabras claves: violencia y felicidad. Quizá parezcan contradictorias, y tal vez lo sean. De todas maneras, para evitar incómodas colisiones temáticas, cada palabra-clave tiene una particular zona de operaciones. La violencia es una constante de las seriales norteamericanas, tan prioritariamente acogidas por la mayoría de los canales de América Latina. La felicidad, en cambio, es arduamente buscada en los respectivos teleteatros nacionales. (Aclaro que no me refiero a un país en particular; he visto televisión comercial, no en todas pero sí en buena parte de las capitales latinoamericanas, y he hallado que los rasgos comunes son más importantes y decisivos que las ocasionales diferencias).

Es obvio que en varios de nuestros países la violencia es un dato cotidiano, y más de una vez se dice que el ciudadano se va paulatinamente acostumbrando a esa estallante presencia. Quizá conviniera indagar qué grado de responsabilidad tiene en ese acostumbramiento la cuota diaria de violencia reaccionaria que brinda la televisión. ¿Quién va a asombrarse de que en los basurales de Buenos Aires aparezcan cuatro o cinco cadáveres por jornada, si en el capítulo diario de cada serial norteamericana son muchos más los crímenes que se amontonan frente al atónito espectador? A ciertos jerarcas políticos del continente les gusta achacar al marxismo, y su acción ideológica en las universidades, la responsabilidad de la violenta rebeldía de los jóvenes. No es frecuente, en cambio, que alguno de esos interesados analistas políticos señale en sus términos reales la influencia que ejerce (ya no en la zona siempre reducida de las universidades sino en la ilimitada audiencia del hogar) esa verdadera escuela de odio, discriminación y crimen, que es la serial norteamericana de televisión. ¿Constituye acaso un mero azar que las productoras de Estados Unidos se dediquen con tanta fruición a ese campo? Conviene no olvidar que ahí siempre triunfan los *buenos*, o sea los *marines* norteamericanos, el FBI, la CIA y otros representantes del American Way of Death. Tampoco conviene olvidar que cuando aparece un latinoamericano, éste es por lo general un haragán, un corrupto, un sucio, un glotón, un delator. Esa es la imagen que nos quieren vender de nosotros mismos y (lo que es mucho más infamante) ésa es la imagen de nosotros mismos que muchos canales de América Latina adquieren y ofrecen al público.

¿Y la felicidad? Es más bien un tema de entrecasa, pero quizá no sea harina de otro costal. Es fácil comprobar que, para cualquier animador de programas, la sonrisa ya no es un gesto espontáneo sino una obligación profesional, algo así como una cláusula del contrato. En los EE. UU., modelos y locutores de TV deben aprender a decir la palabra *cheese* (queso), que aparentemente es la que adiestra mejor para la sonrisa-tipo. Por suerte, *queso* es en español una palabra seria.

Además, es curioso comprobar que en los teleteatros no existen conflictos sociales ni contorno político: la gente tiene mucho más problemas de corazón que de salarios, cuando en la escueta realidad suelen ser los problemas de salarios los que contraen el corazón. Un país puede sacudirse diariamente con atentados, secuestros, huelgas, torturas, despidos, inflación, desalojos, pero los guionistas de la televisión comercial transitan indemnes e impertérritos (de lo contrario, no tendrían trabajo) en medio de tanta incomodidad ambiente, refugiándose por lo general, en sus triángulos amorosos, que últimamente han pasado (sospechosamente) a ser pentágonos. Para colmo, los teleteatros duran toda una temporada (desde comienzos de otoño hasta el fin de la primavera), de modo que hay tiempo para que en ese lapso las casi desgraciadas (las desgracias absolutas no tienen cabida en el limbo televisivo) se enhebren con lugares comunes, administrados con rigurosos cuentalágrimas. Sin embargo, cuando se acerca el verano todos los conflictos se solucionan con una rapidez que ya quisieran para su área los ministros de economía. A tal punto estas dulces peripecias están despegadas de la realidad que un autor tan exitoso como el argentino Alberto Migré declaró recientemente: «He podido comprobar que hoy la gente espera los noticieros, con los dramas que se muestran, para emocionarse y vibrar con esos problemas; eso antes lo buscaban en los teleteatros». Lo que sucede es que, poco a poco, el telespectador (de más de once años, claro) va aprendiendo que tanto la violencia como la felicidad tienen hoy en día otra trama, otro ritmo, y sobre todo otras motivaciones. Pero la verdad es que ese duro aprendizaje lo realiza a contrapelo, en ardua lucha contra la planificada mentira que a diario le brinda la pantallita doméstica. Es cierto que la televisión es hoy en día el más penetrante medio de información (y más frecuentemente, de desinformación). Encararlo con seriedad significa, entre otras cosas, abandonar la sonrisa obligatoria. Pero también hay que comprender que, sin la sonrisa puesta, un locutor de televisión debe sentirse algo así como desnudo.